



DESPUÉS DE LOS REVESES

1872

¡Oh Francia!, uno de tus hijos se arrodilla ante tí. El humilde sacerdote del divino arte, al que nada mancilla, te trae su tristeza y su augusto amor. Cuando todas las grandezas de un país se desmoronan una en pos de otra bajo el vil encarnizamiento de la suerte tenaz, en los días tenebrosos, el teatro (1), que en otros tiempos, riendo, grave, tempestuoso ó sereno, hablaba á las naciones por dos máscaras de bronce, cuando sangra la horrible llaga de las fronteras, debe no decir al pueblo emocionado más que cosas altivas. Cuando la patria enlutada baja los ojos ante su antigua historia hecha cenizas, por tierra, esparcida al viento; cuando el elevado Capitolio ha dejado sitio al Calvario, tenemos por deber el recuerdo severo, y el hombre es envilecido por los cantos de la musa, si saca de ella una embriaguez que raya en el olvido. En adelante, después de tanta angustia, después de las huidas, los campos cercados, las murallas vendidas, las torres destruídas, y la cautividad de las sombrías legiones; cuando la Europa nos odia, á nosotros que

(1) Esta poesía fué compuesta para servir de prelude á las representaciones de *Ruy Blas*, en el teatro del Odeón.

51

si

ié-

ra-

en

r el

nos

du-

ara

nos

ede

era-

rié-

os á

nce-

nos

odo

aría

eles,

rían

e se

y sa-

cep-

hace

todo

ra el

o—y

están

sobre

n, se

siglos

mez-

otra

Y la

la protegemos, esos himnos que se llaman Oda, Drama, Epopeya, deberían parecerse todos á vainas de espada. Si el tigre arrebató al cordero entre sus dientes, súbitamente saldrán de esos potentes poemas súbitos y furiosos resplandores; sus versos serán reprensivos, amenazadores y supremos; se sentirá brotar de ellos un aire de combate, se verá en ellos la gloria lloviendo sobre su mal lecho, y habrá en esos grandes clamores voces altivas que removerán la áspera vergüenza en el corazón de los capitanes, y les infundirán la rabia y la sed de sumergir su honor en la ola sublime del peligro; y así es como se salva un pueblo y se funda en tí, París, en tí, Roma, un alma profunda. No vengáis á buscar otro placer que entrever una espada y recobrarla; el arte no debe á los espíritus más que fiestas viriles; tengamos días espantosos, sea, pero no instantes estériles. Cuanto más disminuye la felicidad, más debe crecer el corazón; el astro acepta la noche para resplandecer mejor en ella. La estrella, desdeñosa en el fondo de los cielos fúnebres, tiene el aumento de la sombra y de las tinieblas, responde por el crecimiento augusto de los rayos. Por esto aquí todos, quienes quiera que seamos, hijos de los que vieron de cerca Berlín y Viena, no encontrando justo ni conveniente tener tales abuelos y no pensar en ellos, y dejar en rehenes su gloria al extranjero, teniendo el sombrío enojo de los hombres sobre los cuales se anda, recordando que nos toca á nosotros llevar el arca y ser la altiva vanguardia del progreso, pensamos es bueno aguzar nuestros pesares y que hay que tocar nuestras llagas con un hierro rojo; y puesto que ya reverdecen los setos; puesto que está acercándose el encantador mes de mayo, debemos mirar el sagrado firmamento, los bosques, los campos, los lirios, la rosa, la vincapervinca, con este pensamiento en el corazón: ¡la revancha!

Si nos dejáramos encadenar por el destino; si vueltos hacia la noche y no hacia la mañana, pudiéramos continuar viviendo prisioneros; si no lloráramos con el alma embriagada de cólera, teniendo en la frente cada uno de nosotros el sonrojo de no ser el que se espera, el vengador; ¡ah! si no quedáramos pènsativos ante todo hombre que pisotea á su verdugo, se yergue y se nombra y le quita su espada para matarle; si pudiéramos callarnos y acostumbrarnos al oprobio y mostrar, transformación vil, que se puede ser Tersites después de haber sido Aquiles; si diéramos razón á los reyes riendo entre ellos; si descubriéramos en nosotros corazones espantosos dispuestos á consentimientos infames de la caída; si ante el vencedor, gritando: ¡cesemos la lucha, paz! ¡quedémonos así!, decimos: ¡estaba pensando lo mismo! ¡Ah, todo habría acabado! ¡La Francia, oh franceses, arrancaría de su cabeza, con sus manos indignadas, sus laureles, y de entre sus cabellos puñados de estrellas que irían á apagarse en la noche! ¡No, no seremos lo que se desvanece; no, no seremos el hijo que degenera, y sabremos apresurar el despertar del trueno; no, no aceptamos nuestro honor obscurecido! Porque lo que hace un pueblo ilustre es esto: teatro, tribuna, alma de todo hombre de luces, de toda pura llama, vuelo para el espíritu; trabajo para el cuerpo, arte, pensamiento—y el enemigo fuera.

Mientras estén en Alsacia y estén en Lorena, están en nuestra casa. Su sable, pueblo, se arrastra sobre tí. Te han quitado tu bien, pueblo. Pues bien, se vuelve á tomar. ¡Ah! Ni el más grande de los siglos no es grande si una sombra de vergüenza está mezclada á su gloria. Teniendo un ala blanca tener otra negra, ¡no, Francia, no! Jamás has vivido así. Y la paz no es paz sino después de haber vencido.

¡Oh Grecia! ¡Oh Pericles! ¡Días lozanos! ¡Edad espléndida! Pindaro por una parte, por otra Tucídides; lo ideal venía á ser el verdadero nombre de lo real, y Fidias esculpía el muro del Partenón; Hipócrates tomaba el pulso de Demóstenes; el pueblo se abrevaba de luz en las fuentes que se llaman Apolodoro, Eurípides, Platón; el duro Solón, levantando su bastón sobre Tespis, había muerto; y Sócrates quitaba los dioses al hombre; Atenas parecía despertar vagamente á Roma, que respondía á su llamamiento desde el fondo de la sombra,—¡y los persas eran arrojados del Archipiélago!

Quién ha dicho, pues: ¡la Francia cae! Mañana, de pronto, se verá levantarse lentamente la gran piedra de su tumba.

Sí, mañana; sí, la hora está próxima. Ved. Se endereza teniendo en sus dos puños, de los que cuelga su cadena, un trozo de espada espantoso.

Sí, el porvenir nos trae esa poderosa espada en que Dios clemente ha reemplazado la hoja humana por la celeste flámígera.

¡Oh, demos la bienvenida á esa espada prodigiosa! ¡Que nos haga ver en las nubes el grupo estrellado de los antepasados!

Que su relámpago muestre á nuestra alma todos aquellos rostrós de gigantes, á Martel derribando á Abderramán, á Juana que liberta á Orleáns.

Y aquellos esforzados, hermosos en su creencia;

Bayardo, que jamás se dobló; Marceau, que murió bajo Maguncia; Hoche, que fué muerto ante Metz.

Que se oigan susurrar sus voces, y que no se pueda adivinar si es que se oye á Kleber que ríe, ó el cielo que truena.

Que esa fiera espada de la Francia sea la espada del género humano; que anule el sufrimiento, hoy espada, mañana reja de arado.

Que sea para todos la liberación, que atraviese la nube oscura y que nos devuelva aquí abajo la esperanza y el azul allá arriba

Que esa espada cree y fulmine, que siembre la luz á fuerza de relámpagos, y que salga de ella la alegría y salga de ella el amor.

Que con su claridad, por toda la tierra arrobada levante una sublime tempestad de vida, de victoria y de libertad.

Que siegue el mal como si fuera hierba; que se diga: ella ha fundado nuestros derechos; y que sea soberbia para siempre por la inmensa huida de los reyes.

París, 19 febrero 1872.